

El origen del estado del bienestar y su futuro: un experimento

Hay dos formas de mirar y entender el estado del bienestar. Una simpática y optimista. La otra, antipática y pesimista. Son miradas opuestas, casi excluyentes, que nos dan lecturas muy distintas de su presente; y perspectivas divergentes de su futuro.

La simpática es imaginarlo como una especie de *contrato de seguro* entre los miembros de la sociedad. Como todos entendemos que los azares de la vida no tienen porqué sonreírnos siempre, a todos nos parece una buena idea contribuir al bienestar de aquellos a quienes a día de hoy la fortuna no acompaña, en el bien entendido que si a nosotros el futuro se nos torna sombrío seremos también ayudados por el conjunto de nuestros conciudadanos. Si nos quedamos sin empleo, nos van a pagar un subsidio para mitigar las consecuencias de ese infortunio. Si tenemos la mala fortuna de nacer en un hogar pobre, el estado nos proveerá de niveles de educación y salud que nuestros padres difícilmente podrían asumir. Noten que estamos asumiendo que el estar parados, o el ser pobre, son producto de la mala fortuna, y no consecuencia de no haber trabajado suficientemente duro, y por lo tanto que estemos parados o seamos pobres depende relativamente poco de la generosidad del estado de bienestar. El sustento político del estado del bienestar serían tanto los que se benefician de él hoy (los parados) como los que hoy lo pagan (los empleados). Estos últimos en la medida en que consideran que ellos también pueden beneficiarse en el futuro, lo que conlleva esperar que el estado del bienestar se mantendrá.

Alternativamente, la mirada antipática y descarnada ve el estado del bienestar no como un contrato de seguro, sino como una consecuencia de la distribución del poder político. Existe porque hay mucha gente que se beneficia ahora mismo de extraer rentas a los que tienen más, independientemente de la razón por las que cada uno tiene lo que tiene. Es como lo ve [Mitt Romney](#), [que en la campaña electoral americana, dijo](#): “Hay un 47 % que están con él (Barack Obama), que dependen del gobierno, que creen que son víctimas, que el gobierno tiene la responsabilidad de cuidar de ellos, que se les debe proveer de sanidad, comida, alojamiento o como lo quieran llamar. Tienen derecho a ello y el Gobierno se lo debe proveer y votarán al presidente”. Bajo la mirada antipática los ricos no están a favor del estado del bienestar porque de alguna manera pueda beneficiarlos en el futuro. Como mucho lo aceptan para mantener la “paz social”, no sea que a los pobres les de con montar una revolución; pero ellos, los ricos, preferirían que el estado del bienestar no existiera... y si tuvieran el suficiente poder político sin duda dejaría de existir.

Las dos teorías tienen cierto mérito, y sin embargo es difícil dilucidar entre ellas simplemente preguntando. Por eso decidimos (junto a con [Rosemarie Nagel](#)) hacer un experimento. Cogimos grupos de nueve personas donde cada individuo tiene que decidir si trabaja o no. Si decide trabajar, su renta es baja, pero no le cuesta nada obtenerla. Si un individuo trabaja tiene que pagar un coste (nuestra metáfora del esfuerzo), pero a cambio tiene una probabilidad de

dos tercios de tener renta alta, y sólo de un tercio de que sea baja. Una vez cada individuo observa el resultado de su esfuerzo, todo el grupo vota si quiere redistribuir la renta generada en el grupo o no. Si una mayoría vota a favor de la redistribución, ésta tiene lugar y la cantidad total conseguida por el grupo se distribuye a partes iguales. En caso contrario, cada individuo conserva el resultado de su esfuerzo individual. Este proceso se repite 50 veces.

Si los sujetos votan a la Romney, con la mirada antipática en la cabeza, votarán a favor de la redistribución sólo si son pobres. Hay entonces dos resultados posibles, dependiendo de las expectativas de lo que vayan a hacer los otros miembros del grupo. Si creo que todos van a trabajar, lo más probable es que la mayoría sean ricos y voten contra la redistribución; mejor pago el coste de trabajar y si tengo mala suerte, me aguanto. Ahora bien, si espero que la mayoría no trabaje, entonces serán pobres, y votarán a favor de la redistribución. Si trabajo, se quedarán con mi dinero; o sea que mejor no trabajo. El primer equilibrio, donde todos trabajan, es mejor que el segundo, pero en cuál estemos depende de lo que cada grupo espere que pase.

Bajo la alternativa más simpática, el *contrato de seguro*, podemos trabajar todos y después votar a favor de la redistribución incluso si somos ricos. Así cuando tengamos mala suerte los demás velarán por nosotros. ¿Cómo evitar que alguien se aproveche de una situación así? Pues votando en contra de la redistribución si vemos que los pobres no han hecho esfuerzo. En la visión simpática de la vida el estado del bienestar se sustentaría en el miedo que tenemos a perder algo valioso: hacemos esfuerzo porque si no lo hacemos acabaremos perdiendo el estado del bienestar. La aproximación sonriente al estado del bienestar, el *contrato de seguro*, es mucho más elaborado que la antipática, y requiere un grado de coordinación notable, pero es tan bonita que vale la pena ver si nuestros jugadores consiguen llegar a él.

Los resultados del experimento en nuestro [artículo científico](#) fueron claros. En tres de los grupos se puede ver que el nivel de esfuerzo es bastante elevado hasta el final, y los que votan a favor de la redistribución son minoría. En los restantes grupos, hacia el final del experimento prácticamente no hay esfuerzo y los votos a favor de la redistribución son mayoría. Así pues, con redistribución, no hay esfuerzo. Con esfuerzo, no hay redistribución.

En cuanto a quién vota qué, se puede ver que los pobres votan de manera casi unánime a favor de la redistribución, sea cual sea la causa de su pobreza (la mala suerte o la falta de esfuerzo), mientras que los ricos siempre votan en contra independientemente de las razones por las que los pobres son pobres. Bajo la visión simpática los ricos deberían votar a favor de la redistribución si los pobres hacen esfuerzo, y en contra si no; mientras que en la antipática deberían votar siempre en contra. Así pues, nuestros ricos son definitivamente antipáticos.

Como tantas otras veces, la visión antipática y descorazonadora gana por goleada a la simpática y agradable. Esto nos hace pensar que el estado del bienestar es frágil. Que se sostiene en el miedo al caos social de perderlo, y no en el valor que intrínsecamente le damos como seguro contra los vaivenes de

nuestras vidas. Que para mantenerlo y evitar tensiones deberíamos conseguir que paguen los que más tienen, gastar bien lo que se recaude y transferir solamente a los que de verdad hacen esfuerzos pero a los que la suerte no acompaña. Yendo a lo concreto, conviene por ejemplo, que el subsidio de desempleo tenga un control más exhaustivo y que haya más seguimiento y *apoyo* a la búsqueda de empleo.